

El poder destructivo de la incredulidad.

Por Lcdo. Marcos Córdova G.

Quiero compartirte algo que nos sorprende cuando lo vemos con claridad: la incredulidad tiene un poder inmenso, pero no para traer bendición, sino para impedirla. No siempre llega como un rechazo abierto; muchas veces se disfraza de duda, de prudencia o de realismo... y sin darnos cuenta, cierra la puerta a lo que Dios quiere hacer en nosotros. Déjame te lo cuento apoyándonos en Su Palabra.

Cuando la duda cierra la puerta

Hay un pasaje que nos hace reflexionar profundamente. Jesús regresó a su tierra, enseñó en la sinagoga... y la gente no pudo creer. Dijeron: *«¿No es este el hijo del carpintero? ¿De dónde tiene todo esto?»* Y la Escritura nos dice algo conmovedor:

«Y no pudo hacer allí ningún milagro, salvo que sanó a unos pocos enfermos, poniendo sobre ellos las manos. Y se maravilló de la incredulidad de ellos.» —

Marcos 6:5-6

Fíjate bien: no es que no quiso, es que no pudo. No porque le faltara poder, sino porque la incredulidad de la gente puso un límite a la obra de Dios en sus vidas. Su poder no cambió; sigue siendo el mismo. Pero nuestra incredulidad actúa como un muro que impide que esa bendición llegue.

La incredulidad no siempre grita

Lo más peligroso es que la incredulidad no siempre se nota. No siempre dice «no creo en Dios». A veces dice:

- *«¿Será posible que Dios haga algo así por mí?»*
- *«He fallado tanto, no merezco que me ayude»*
- *«Sí, Dios obra en otros, pero no en alguien como yo»*

Es una duda silenciosa que se instala en el corazón y va diciendo: «Dios es poderoso... pero no para mí.» Y eso, aunque suene humilde, es incredulidad. Y tiene el mismo poder para detener la obra de Dios en nuestra vida.

El Señor nos advierte con toda claridad:

«Cuidaos, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros corazón malo de incredulidad, para apartarse del Dios vivo.» — *Hebreos 3:12*

Fíjate cómo lo llama: «corazón malo de incredulidad». No porque la duda sea solo un pensamiento, sino porque separa de Aquel que es la fuente de toda vida.

La diferencia entre dudar y no creer

Es importante distinguir: la duda es una pregunta; la incredulidad es una respuesta. La duda dice: «*Señor, no entiendo, ayúdame a creer*». La incredulidad dice: «*No creo que Él pueda hacer esto.*»

El padre del hijo enfermo vino a Jesús con el corazón roto y dijo algo hermoso y honesto:

«Creo; ayuda mi incredulidad.» — *Marcos 9:24*

Eso no es incredulidad que cierra la puerta; es fe que busca fortalecerse. Él reconoció su debilidad, pero se acercó a Jesús, no se alejó. Y eso hace toda la diferencia. La incredulidad que nos aleja es la que dice: «*No puede, no lo hará, no para mí.*»

Pero aquí viene lo más hermoso

Si sientes que la incredulidad ha echado raíces en tu corazón, aún hay esperanza. La fe no nace de nuestra fuerza, sino de mirar a Jesús. La Palabra nos dice:

«Sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan.» — *Hebreos 11:6*

Dice: «crea que le hay y que es galardonador». No solo que existe, sino que Él recompensa a quienes lo buscan. No te busca para castigarte por tu duda; te busca para darte la fe que necesitas.

Y también recuerda:

«Todo lo es posible al que cree.» — *Marcos 9:23*

No dice «todo lo es posible al que nunca duda». Dice «al que cree», aunque esa fe sea pequeña, aunque deba decir: «*Señor, creo, ayuda mi incredulidad.*»

Mi deseo para ti

No dejes que la duda se convierta en pared. Si hoy sientes que tu fe es débil, no te alejes; acércate más. Dile al Señor: «*Ayúdame a confiar en Ti más de lo que mis circunstancias me dicen.*»

«Porque Dios no nos ha dado espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio.» — *2 Timoteo 1:7*

El poder de la incredulidad es grande... pero el poder de Dios es infinitamente mayor. Y cuando confías en Él, ningún muro se queda en pie. Vuélvelo a elegir hoy. Confía en Él, aunque sea paso a paso.